

—Sé que tienen su cuartel en el "Portón,"—prosiguió después,—¿sabes tú si ponen centinelas en las esquinas de la plaza?

—No, no ponen ninguno: tienen tanto miedo esos martinicos, que en las noches se reducen al Mercado, estableciendo centinelas sólo en los altos del Palacio, además del de la guardia que queda abajo.

—Pues entonces, vuelvo. Muchachos, pie á tierra, y lleven *eso* cargado. Tú, José,—prosiguió dirigiéndose al Teniente Lili,—vé con ellos: yo voy delante con el sargento Rosas. Anda, Juan, acompáñame.

Y emprendieron de nuevo la marcha hacia el centro de la población.

El éxito coronó la obra: nadie los sintió. Llegaron á la esquina de la plaza sin encontrar alma viviente: allí, guarecidos tras los pilares del portal, pasaron la cuerda que llevaba el cadáver al cuello, por sobre el albornote que en otras veces sostuvo un farol, izándolo hasta una altura conveniente y sujetando el cabo alrededor del propio pilar. El cadáver quedó expuesto á menos de cien metros de distancia de la guardia francesa, balanceándose horriblemente.

Este rasgo de audacia y de valor, prueba qué clase de hombres sostenían la integridad nacional en aquella región de la República.

Terminada la atrevida operación, regresaron por el mismo camino que habían traído, disparando sus armas antes de repasar el río, para llamar la atención del enemigo, y obligarlo, por medio de la alarma que en él debían producir los disparos, á encontrarse con el cadáver de Guatemala, arrojándoselos al rostro para humillarlos con aquel ejemplar de la justicia republicana.¹

¹ La Sra. Ferrando de Wolter me ha referido que ella sintió los pasos de los que andaban en el corredor, pero que creyendo que fueran martinicos, se levantó en silencio, atrancando las puertas á oscuras y refugiándose en la última pieza de la casa con sus hijos; pero que cuando notó que se habían mar-

IV

Casi á la misma hora que el Comandante Enríquez llevaba á feliz término su temeraria y peligrosa empresa, el Capitán X..... penetraba al despacho del Coronel Lazcano, establecido provisionalmente en la casa de la Señora Dávila, en Amatlán; especie de hotel y restaurant bastante aceptable, sobre todo en las circunstancias por que atravesábamos entonces.

Lazcano, con esa afabilidad y fino trato que tanto lo distinguían, y que era su principal mérito para hacerse querer, lo mismo de la tropa que de los oficiales, lo mismo de la gente acomodada que de la pobre, salió á recibirlo hasta media sala. El Capitán, después de corresponder á aquel acto de cortesía, le dijo, mostrándole al enviado que con él llegaba:

—Un emisario de Tlacotalpam, mi Coronel.

Este entregó la carta de que era portador, manifestando quién lo enviaba.

El Coronel, como si se tratara de algo insignificante, guardó la carta en el bolsillo de la chaqueta, le hizo algunas preguntas relativas á la situación general de la población, dispuso que el Capitán lo gratificara de sus fondos particulares, y le ordenó que regresara al campamento de los "Amates," á la madrugada, y de allí siguiera á Tlacotalpam, con prevención de cumplir las instrucciones que le diera el Comandante Enríquez.

Cuando se marchó el emisario, y él mismo hubo cerrado

chado salió á la puerta, y al ver aquel hombre *colgado*, comenzó á dar voces, en los momentos que se oyeron los primeros disparos; que se encerró de nuevo á toda prisa, porque los martinicos comenzaron á gritar desahoradamente y á correr en todas direcciones, y que los primeros que llegaron y vieron el cadáver de Guatemala, *pateaban* de rabia, no porque á éste lo hubieran ahorcado, sino porque no habían sentido á los que lo colgaron. "Yo creo—me decía—que hablaban *picardías en francés*."

la puerta de la habitación, se volvió al Capitán con esa eterna sonrisa que nunca lo abandonaba.

—Algo se prepara en Tlacotalpam,— le dijo sacando la carta.

—¿Sabe vd?.....—interrogó sorprendido el Capitán.

—No, no sé nada; pero la víspera del día en que vd. regresó del “Cacique” para establecer en ese rumbo el servicio de “cordilleras,” convenimos el amigo Crespo, que es leal y de toda confianza, y yo, que si llegaba el caso de que Tlacotalpam fuera ocupado por el enemigo, donde quiera que yo me encontrara me daría aviso de cualquier movimiento que notara por parte de aquél. Vamos á desengañarnos en seguida,— agregó rompiendo la cubierta de la carta.

En efecto, más que carta era una larga tira de finísimo papel, lo que encerraba el sobre, y en él escritos bastantes renglones en cifra.

—¿Tiene vd. la clave de esa cifra?

—No la necesito: yo fuí quien la dió á Crespo. Es la misma que usaba el General Moctezuma, de quien fuí Ayudante, y que quedó en mi poder el día que nos derrotaron y murió él en la acción de “El Gallinero.” Voy á enseñársela á vd. para que la conozca, á fin de que haga uso de ella si alguna vez estamos separados y tiene que comunicarme algo reservado.

Una ligera explicación bastó al Capitán para comprender la combinación de aquellos signos: en seguida se pusieron ambos á descifrar la comunicación.

El leal agente de Tlacotalpam daba aviso en pocas palabras de que la banda de foragidos que se decía “Caballería Mexicana,” después de haber hecho *una remonta* en los alrededores de la población, se disponía á regresar á Alvarado, en donde debía incorporársele el resto de la gavilla que estaba *remontando* en Medellín, para volver á Tlacotalpam y emprender la campaña por tierra, hasta Cosamaloápam, desde donde se dirigirían al Cantón de los Tuxtlas: que á la “Tem-

pette” se uniría otra cañonera para vigilar el río é impedir cualquiera demostración sobre Tlacotalpam: que á la caballería se uniría una fuerza de infantería de marina; que el número de hombres que regresaban á Alvarado era de ochenta, poco más ó menos; que el paso del “Mediadero” lo verificarían el día 12 en las primeras horas de la mañana, y que entendía que este movimiento era en combinación con el que debía emprender otra fuerza para expedicionar por el rumbo de Minatitlán.

Por último, le daba informes también del peligro de haber sido hecho prisionero, que corrió en Tlacotalpam el Comandante Zamudio el día que llegó el Suizo, y del cual escapó debido á su sangre fría, y á su serenidad y presencia de ánimo jamás desmentidos. Zamudio había llegado horas antes para cobrar unas libranzas por cuenta de la Comandancia de la línea, y se hallaba sentado en el portal del “Hotel Porragas,” después de verificado el cobro, cuando llegó el Suizo: éste, como que quería reconocer al disimulo á Zamudio, examinándolo de reojo; Zamudio permaneció tranquilo, indiferente, mirando á otra parte, pero sin perderlo de vista tampoco. El primero, satisfecho ó no de su examen, prosiguió luego su camino hacia el inmediato cuartel, del teatro, en donde estaban sus foragidos; pero Zamudio, luego que notó que nuevamente se detenía para conversar con un paisano, sin apresurarse, sin dar en qué maliciar, se salió por el zaguán que da al río, y montando en el caballo de un lechero que había ido á *entregar* al Hotel, se alejó á toda rienda á lo largo de la ribera, hasta donde le fué posible: atravesó el río del “Cabezón,” y luego el Papaloápam en una canoa pequeña que le fué proporcionada, dirigiéndose en seguida á su campo de “Punta de Arena.”

El lechero presenció todo, pero se hizo el indiferente, y siguió la huella de su cabalgadura, la cual recobró en el punto que á Zamudio ya no le fué necesaria.

*
*
*

El Coronel, siguiendo su costumbre, leyó y releyó detenidamente aquellas líneas, y después de algunos minutos de reflexión, se volvió al Capitán, que estaba pendiente de sus labios.

—De modo,—dijo como si concluyera su pensamiento— que la base de todo esto es la incorporación de la fuerza que está en Medellín, á la que va á regresar á Alvarado. Muy bien. Entonces, Capitán, va vd. á partir en la madrugada llevándose la escolta, menos al sargento Flores que quedará conmigo: es preciso que pasado mañana 11, estén vdes. en “Punta de Arena,” á donde ese mismo día llegarán cincuenta hombres de Santiago Tuxtla. Ese muchacho llevará instrucciones al Comandante Enríquez y al Capitán Carrasco, y vd. á los Comandantes Zamudio, Güido y Villalobos. Descanse vd. lo que queda de la noche, en tanto que yo escribo las comunicaciones para esos jefes.

—Mi Coronel, si vd. me lo permite.....

—No:—interrumpió el Coronel—justo es que vd. descanse, tanto más, cuanto que, saliendo á la madrugada apenas le queda tiempo para llegar con la oportunidad que se necesita. Es un albur muy serio el que vamos á jugar,—continuó con aire solemne—dado el estado que guarda la Costa; pero es indispensable aventurarlo á todo trance, porque quizás no se presente otra ocasión con tantas ventajas, y de ello depende que nos salvemos. Será el primer encuentro: y de su resultado vendrá lo demás: si nos derrotan estamos perdidos; si, como lo espero, triunfamos, se reanimará el espíritu público y podremos alentar á los que dudan, y meter en cintura á los revoltosos. Vaya vd., vaya á acostarse: yo me entenderé con preparar todo á fin de que pueda partir á la hora que le he señalado.

El Ayudante se retiró á su dormitorio, y media hora después roncaba tranquilamente.

El Coronel, ese hombre cuya naturaleza aparentemente era raquílica pero que parecía de hierro en el trabajo, se sentó á la mesa y estuvo escribiendo sin descansar un momento. Cuando abandonó el asiento, tres abultados pliegos, ya cerrados, quedaron sobre el escritorio. En seguida fué personalmente á dar la orden de marcha al Capitán Castillo, jefe de su escolta.

Luego se acostó también.

V

Es “Punta de Arena” una alegre aunque corta ranchería, escondida en un rincón del extenso valle que se extiende desde la falda de la majestuosa y elevada montaña que orla el río entre el “Alto Simón” y “Conejo,” hasta el punto en que se bifurca en dos anchurosos brazos, de los cuales el uno, entrando en la laguna de la “Tunilla,” sigue su curso por Tlacotalpam, y el otro, menos caudaloso, toma el nombre de “Sombrerete,” para proseguir su marcha hasta reunirse al de “San Juan.”

A la izquierda una laguneta, siempre abundante en pesca y caza menor, corta el terreno diagonalmente, estableciendo una valla no infranqueable, para ascender á la montaña que, cortada de través, ofrece amplio camino para los que desde Alvarado á Tlacotalpam hacen el camino por tierra, pasando el río frente al “Estero;” y á la derecha, limitada por el de “Sombrerete,” se extiende hasta “Los Ventorrillos” y “Salta Barrancas,” dos pequeñas aldehuelas que con “Punta de Arena” se dividen la posesión del extenso Valle.

Y ora atravesando por “Cerro de León” para lanzarse en las inmensas llanuras de excelentes, abundantes y nutritivos pastos, donde se asientan no pocas haciendas de ganado mayor; ora siguiendo la faja de terreno que traza el camino desde “Salta Barrancas” hasta el “Mesón,” “Mata Vaca” y el “Uvero,” el viajero descubre á cada paso que avanza nuevos

panoramas tan variados como sorprendentes, tan llenos de poesía como de reconocimiento á Dios, ofreciendo siempre el espectáculo más digno de admirarse, porque él sería suficiente para proclamar la existencia de un sér superior al hombre: la del Autor de la Creación.

“Punta de Arena” pertenecía en esa época, en propiedad ó en arrendamiento, al Sr. José María Mendoza, “El Tío Abuelo,” cuyo título lo debía á que casi todos los habitantes del lugar eran miembros de una misma familia, de la que él era el patriarca. Anciano septuagenario, pero robusto y fuerte, era por demás bondadoso: tan bondadoso como patriota. Con la sonrisa siempre en los labios, Mendoza procuraba cuanto estaba en su mano para que nada faltara á soldados y oficiales de la Sección de operaciones, que desde quince días antes, por orden del Coronel Lazcano, se había situado allí al mando de sus jefes respectivos, abandonando el “Mesón,” lugar de su residencia desde la salida de Alvarado, que no ofrecía recursos de ninguna clase, amén de lo retirado que se encontraba para emprender ninguna clase de operaciones.

Miguel Mendoza, nieto del “Tío Abuelo, había ingresado al servicio de la nación, bajo el triple carácter de boga, guía y correo.

VI

En una humilde habitación que era la principal de la rancharía, construída como la generalidad de las del campo, con yaguas y hojas de palmeras, cuatro oficiales sentados delante de una mesa, y teniendo al frente cada uno una taza de humeante café, sostenían una conversación á media voz. Eran los jefes de la pequeña Sección de operaciones, y el enviado del Coronel Lazcano que había llegado con una hora de anticipación.

Era, pues, el día 11 de Diciembre.

Aquí y allá, en otras pequeñas habitaciones, veíanse tran-

quilamente acostados sobre mantas ó petates algunos soldados y oficiales, en tanto que otros discurrían cerca de la laguneta ó del pequeño arroyo que á espaldas de la casa principal cortaba el terreno, para entrar en el camino que conduce á la montaña.

La conversación que los cuatro amigos sostenían era referente á las órdenes é instrucciones que el uno había llevado á los otros, y sólo se esperaba la llegada del “Tío Abuelo” para determinar definitivamente lo que había de hacerse.

El tío Mendoza llegó.

—¿Qué hay, tío?—interrogó el Comandante Zamudio.

—Todo está listo:—contestó el anciano frotándose las manos con satisfacción—he puesto un muchacho para que nos diga quiénes son los canoeros que pasen para “Sombrerete” y demás ranchos, y Miguel regresará de Alvarado antes de las seis de la tarde, para darnos noticias de lo que allí sepa. Es un buen muchacho mi hijo, señores, *sin agraviar á ninguno de los presentes*—agregó haciendo una especie de saludo;—y servirá á vdes. de guía durante la expedición, y de soldado durante la *trifulca*: si le toca un *rastrillazo*, paciencia: no ha de morir de *cornada de burro*.....

—Gracias, tío,—interrumpió el Capitán—no todas las balas que se disparan dan en el blanco, y además, por los informes que vd. nos ha dado, y según los cálculos del señor Coronel, cualquiera que sea el número de los contrarios llevamos la ventaja de la posición.

—¡Ave María Purísima,..... Capitán! ¡Como *pichichis*, como si fueran *pichichis* los van vdes. á coger!—contestó el buen hombre, con el acento y el gesto de una profunda convicción.—¡Figúrese vd. no más que van á tirarles de arriba para abajo: hasta á pedradas se les puede hacer correr.....! No: no me quisiera yo ver en el *pellejo* de esos *gringos*.....

Debe tenerse presente que para la gente de nuestro pueblo todos los extranjeros son gringos, no siendo españoles.

—Sobre todo,—continuó el capitán—mucho secreto para

todo el mundo, hasta para la misma tropa. Una palabra imprudente, una indicación cualquiera que pudiera prevenir al enemigo, al llegar al "Estero," comprometería el resultado; y como dice muy bien nuestro Coronel, va á ser ésta la primera función de armas, la primera sangre que se derrame en territorio costeño, y del éxito depende el que conservemos ó no esta parte del territorio de la República que se llama Costa de Sotavento.

Todos hicieron un movimiento de asentimiento, y el tío abuelo murmuró á media voz:

—Ya quisiera yo que hubiera llegado la hora de los *chinchorrazos* para que vean lo que es bueno.

En estos momentos llegó un joven cuyo traje medio militar y medio paisano indicaba que pertenecía á alguna fuerza de Guardia Nacional. Su caballo parecía cansado, y si no estaba cubierto de sudor, el espeso lodo que le llegaba hasta los tobillos, daba á conocer que acababa de recorrer un camino bastante penoso ó intransitable.

—¿El Sr. Comandante Villalobos?—preguntó á un soldado, haciendo parar su cabalgadura delante de la casa donde se encontraban los cuatro amigos.

Villalobos, que lo había oído, salió á la puerta.

—Servidor de vd., compañerito,—respondió.

El oficial sacó un pliego del bolsillo de su chaqueta, y poniéndolo en manos del Comandante:

—Del Comandante Tenorio,—dijo echando pie á tierra.

Villalobos lo invitó á que entrara, y luego abrió el pliego, leyéndolo violentamente.

—Un refuerzo, señores,—exclamó poniendo el pliego sobre la mesa.—El Comandante Militar de Santiago Tuxtla envía una fuerza de cincuenta hombres á disposición del Jefe de la Sección; y como según las últimas instrucciones, vd. tiene el mando superior,—agregó dirigiéndose á Zamudio,—á vd. toca dar sus órdenes.

—¿Está muy distante la fuerza?—preguntó el Jefe de la Sección al joven oficial.

—Dentro de una hora estará aquí: el Capitán Correro, que es quien la manda, se da prisa para llegar pronto, pero los caminos están infernales, y la gente apenas puede avanzar.

—Mayor,—dijo en seguida Zamudio al Comandante Güido,—vaya vd. con este amigo y con el tío para que se disponga alojamiento y rancho para cuando llegue esa fuerza.

Los tres aludidos salieron juntos.

Cuando quedaron solos Zamudio, Villalobos y el Capitán X..... éste les manifestó que no era conveniente confiar á la nueva fuerza puesto alguno comprometido, porque—dijo—careciendo de espíritu y de disciplina militar, era seguro que no conservarían la moral en un caso desgraciado, teniendo que habérselas con soldados acostumbrados al fuego.

—Sobre todo,—agregó—estarán cansados, y no hay que echar en olvido lo que nos pasó en el "Borrego." Yo me regreso ahora mismo, y á fe que siento mucho no acompañarlos; pero tengo que pasar á "Los Ventorrillos" á conferenciar con Luis Cinta, para quien llevo el nombramiento de Comandante Militar de toda esa jurisdicción, y con Juan Delfín, á quien también le llevo el de Capitán de caballería, para que desde luego proceda á levantar fuerzas de esta arma de acuerdo con Cinta. El parte de lo que ocurra, bueno ó malo,—continuó, poniéndose en pie—lo remitirán por extraordinario violento á San Andrés Tuxtla, en donde á esta hora deberá ya estar el Coronel.

Se despidió de sus amigos y de algunos oficiales que se le habían acercado al ver que su asistente llevaba listo su caballo, y montando ligeramente bien pronto se perdió de vista tras los extensos y crecidos cañaverales que se prolongaban alrededor de la ranchería, y que constituían parte de la riqueza agrícola que explotaba toda aquella colonia alvaradeña, la cual se hizo acreedora á la estimación y cariño de los jefes,

oficiales y tropa, por la buena voluntad con que fueron atendidos durante los días que allí permanecieron.

VII

Ya era bien entrada la noche cuando el Capitán Zamora Regresó á "Punta de Arena," después de haber situado á la orilla del río una pequeña guardia de infantería, compuesta de colonos, al mando de Miguel. Esta fuerza tenía por objeto detener á todas las canoas que regresaran á Alvarado, y fácil es comprender el motivo de esta disposición precautoria.

Miguel Mendoza había cumplido satisfactoriamente la comisión que se le confió, y por él se supo que las cañoneras "La Foudre" y "La Tonnerre" deberían proteger al día siguiente el paso de la caballería enemiga, acompañándola hasta salir á la playa del mar una fuerza de infantería de marina, la cual debía regresar para reembarcarse y reforzar la guarnición de Tlacotalpam durante la ausencia de aquella.

El Coronel Lazcano había previsto esto, y por lo mismo, para el caso de que su previsión fuera un hecho, entre las instrucciones que envió á Enríquez, fué la de que precisamente el día 12 uniera las fuerzas de su mando y las de Carrasco, cual si intentara un ataque sobre Tlacotalpam. De este modo estaba seguro de que la "Tempette" no acompañaría á la caballería, y quizás, en caso contrario, desocuparía la plaza la guarnición que allí tenía.

Zamudio, Güido y Villalobos celebraron una última junta á la cual concurrió también el Capitán Correro, como Comandante de la fuerza que acababa de llegar de Santiago Tuxtla, y el de igual empleo Zamora, que mandaba la compañía de "Reemplazos;" y acordado el plan que definitivamente se debía seguir, á las once de la noche se puso en marcha para el "Mediadero" la pequeña columna, compuesta de ochenta y siete hombres de la última compañía mencionada,

de los cincuenta reclutas de Correro y de los diez y ocho lanceros de Orizaba, más diez oficiales sueltos que no tenían colocación en filas. Iban á medir sus armas con los soldados de la Intervención, combatiendo en nombre de la República.

* * *

La vista más perspicaz no hubiera podido distinguir, á pesar de los luminosos rayos de un sol puro y radiante, á eso de las ocho de la mañana del día 12, un solo hombre sobre la cima de la parte izquierda de la montaña, que, cortada por el centro, forma el camino de que ya he hablado. Apenas desde la ribera del río podía distinguirse la bandera nacional que parecía denunciar, á gran distancia, entre la espesura de aquel monte casi virgen, la existencia de alguna fuerza que la custodiara; y como un indicio positivo de que alguien vivía cerca del supuesto campamento, una casucha de palma y yagua, casi á orillas del caudaloso Papaloápam, que corría con una velocidad extraordinaria pues estaba crecido. Era la vivienda del *pasajero* que en épocas normales trasladaba á los caminantes que pasaban de una á otra población por la vía de tierra, pero que en esa época había abandonado su puesto, temeroso de los desmanes del enemigo.

Y sin embargo, allí donde parecía no existir sér viviente alguno, allí estaba la sección que hemos visto abandonar la alegre ranchería de "Punta de Arena." En las primeras horas de la mañana había tomado posiciones, después de haber recibido instrucciones de los jefes que la comandaban.

El orden establecido fué el siguiente: una avanzada de seis hombres vigilaba el río, habiéndose situado entre los manglares que bordan la ribera, para no ser descubiertos desde la orilla opuesta: la fuerza de "Reemplazos," tendida en tiradores, coronaba la cresta de la montaña en toda su extensión, casi hasta llegar á la planicie que se prolonga para llegar á la playa del mar, donde la caballería en ala, y repartida

CAPITULO ALONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
DE CHICAGO

en ambos flancos, estaba dispuesta para cerrar el camino cuando llegara el caso: los tiradores, situados á unos cuatro metros de distancia entre uno y otro, formaban así una línea bastante prolongada y fuerte, dadas las ventajas que daba la posición, aun cuando hubiera sido débil si se hubiera formado á campo raso. Al pie de la montaña, por la parte posterior, los cincuenta guardias de Correro que jamás habían entrado en fuego: en el mismo lugar, algo más retirado, el parque, cuidado por un destacamento de estos noveles soldados; y á considerable distancia el *rancho*, para restaurar las fuerzas de aquellos valientes, bastante fatigados aún por una marcha, corta, es cierto, pero penosa, pues la estación de las lluvias, que apenas había pasado, tenía los caminos en un estado deplorable, tanto más, cuanto que aquellos por donde había seguido la marcha eran más bien veredas, conocidas sólo por los habitantes de la ranchería. Los oficiales, así de filas como sobrantes, y los mismos jefes, á retaguardia de la tropa, en el lugar que les correspondía, embrazaban igualmente su fusil con la bayoneta armada, llevando á la cintura la correspondiente cartuchera.

La infantería que ocupaba la altura estaba pecho á tierra: sólo los jefes permanecían en pie. La reserva descansaba sobre las armas, en tanto que la caballería, para no fatigar á sus cabalgaduras, había desmontado, teniendo cada ginete de la brida la que le pertenecía. Ni una palabra, ni el menor ruido se escuchaban; ni la lumbre de un cigarro ó de un puro..... nada se percibía que pudiera dar indicios siquiera que allí velaban por el honor de la patria hijos dispuestos á sacrificarse por ella.

Tales fueron las disposiciones tomadas para sorprender al enemigo luego que se aventurara en el desfiladero, no debiendo interrumpirse el silencio sino al silbido de las balas que le disputaran el paso, cuando el Jefe principal creyera conveniente mandar romper los fuegos: éstos debían ser inversos, oblicuándolos á la derecha, lo que podría llamarse el

ala izquierda, y hacia la izquierda los que ocupaban la derecha. De este modo, alcanzando á la vez la vanguardia y retaguardia del enemigo que no podía saber si el paso le sería disputado, fácilmente caería en error, y supondría que había una fuerza numerosa que se extendía hasta los límites del desfiladero.

El Capitán D. Francisco Muñoz Panes, oficial valiente y que no carecía de ingenio, para mejor desorientar al enemigo y que la sorpresa fuera completa y mejores sus resultados, luego que la fuerza llegó al "Mediadero" pidió al Comandante Villalobos la bandera que se había sacado de Alvarado, y atravesando el camino á la incierta luz del alba, fué á izarla en lo alto de un árbol, en el lugar ya dicho. Con esto llevaba el objeto de hacer que los contrarios, que no podían menos de verla, creyeran que allí, á esa larga distancia, acampaba alguna fuerza, y dirigieran hacia ese punto su atención y sus fuegos.

Todo estaba, pues, listo para recibir al enemigo, y sólo era cuestión de tiempo y de paciencia. Esta no faltaba á la tropa que, si bien estaba deseosa de probar sus fuerzas, ansiaba más por obtener la victoria.

VIII

Serían las ocho de la mañana cuando un vocerío confuso, palabras obscenas, risotadas groseras, y todo ese desorden que caracteriza á una tropa de aventureros sin disciplina, sin espíritu de cuerpo y faltos absolutamente de toda subordinación, anunció la llegada al "Estero" de la famosa caballería destinada á la campaña de la Costa: iba llegando por grupos y en la mayor confusión, y de la misma manera echaban pie á tierra aquellos desalmados, distinguiéndose sin embargo un grupo de cuatro hombres que permanecía apartado y que no presentaban el tipo de sus compañeros. Eran los oficiales; verdaderos oficiales del ejército español, enganchados en la Ha-

bana, y que seguramente se avergonzaban de comandar aquella horda de facinerosos: ¹ porque eso, y no otra cosa, era aquella chusma: una mascarada que habría podido ser ridícula, si caras patibularias y nuevas y relucientes armas no hubieran denunciado una horda de asesinos. El Suizo se aproximó á la ribera, siempre á caballo, y con su anteojo de campaña exploraba el río, ya la montaña, ya el camino que tenía á su frente y que era el mismo que debía pasar ahora, como lo había pasado antes para llegar á Tlacotalpam.

Dos columnas de humo aparecieron por el rumbo de Alvarado, mas acá de la "Isleta del Burro" poco tiempo después, muy cerca la una de la otra, y avanzando siempre. El Suizo debió dar alguna orden, pues los oficiales se aproximaron á su gente, y en el acto procedieron á desensillar los caballos. Eran en efecto la "Foudre" y la "Tonnerre," que llegaban para proteger el paso, y que una vez á la altura del desfiladero, se acoderaron sobre sus flancos cubriéndolo con sus baterías de estribor. Slaicklin pasó á bordo de la primera, y retrocediendo ambas más hacia el centro del río, abrieron sus fuegos de granadas, por elevación, sobre la montaña del lado opuesto al que ocupaban nuestros soldados. Era que el Suizo había visto la bandera mexicana y lo comunicó al Comandante de la escuadrilla: el plan del Capitán Muñoz Panes había tenido éxito, y desde ese momento aquella gente estaba perdida, porque la sorpresa había de influir mucho para consumir la derrota.

Una fuerza de infantería de marina hizo un desembarco frente al casucho del pasajero, y después de haber hecho dos descargas sobre el abandonado jacal lo incendió, retirándose muy satisfecha de su hazaña.

¹ Eran los Capitanes D. Juan Amor, D. Leocadio Aviñón y otro cuyo nombre no recuerdo, y el Teniente D. José Monclús: de éstos, los dos primeros y el último se retiraron de aquella chusma al llegar á pocos días á Medellín, pidiendo incorporarse á la Sección Ligera, que mandaba el Coronel D. Miguel Gómez.

Todas estas maniobras las presenciaban, así la guardia avanzada nuestra, como los jefes que se habían aproximado hasta donde era prudente hacerlo para no ser descubiertos. A los primeros disparos de las cañoneras, que duraron tanto tiempo cuanto necesitó la caballería para hacer el transborde, nuestros lanceros montaron ligeramente, y la reserva revistió un aire de bravura al terciar las armas.

Comenzó la operación.

La caballería enemiga fué trasladada en las falúas de las cañoneras, y una vez en tierra procedió á ensillar sus caballos y á prepararse para la marcha, llevando en guardia las carabinas. Nuestra avanzada volteó con la mayor precaución la falda de la montaña y ocupó el puesto que le estaba señalado en la altura.

Una descubierta fuerte de veinticinco hombres de infantería abrió la marcha: siguióla una sección de caballería, á distancia conveniente, y así, alternando una y otra fuerzas, emprendieron el paso del terrible desfiladero, que fué la tumba de muchos de ellos. Y á la verdad que el orden seguido no pudo ser ni más inconveniente ni más antimilitar y antiestratégico; pues suponiendo que tuvieran la convicción de que el peligro no estaba en la montaña, sino al salir á la playa, si la descubierta no resistía el primer ataque, la retirada tenía que ser desastrosa, encerrados como estaban infantes y dragones en el estrecho desfiladero.

Y así sucedió, no obstante que hubo algún apresuramiento por nuestra parte.

Aún no llegaba la cabeza de la columna á la altura del centro de nuestra línea, cuando se oyó un tiro que partía del lado de la avanzada. ¹ Zamudio mandó en el acto al corneta de

¹ El Teniente D. Angel Gómez que mandaba la avanzada se anticipó á las órdenes que había recibido, y mandó hacer fuego á sus soldados antes que se diera la señal como estaba dispuesto. Fué encausado y dado de baja como subordinado, pues ya en otras veces había dado pruebas de su falta de subordinación y disciplina.